



PACO DE LUCÍA

EL HIJO DE LA PORTUGUESA

JUAN JOSÉ TÉLLEZ

JUAN JOSÉ TÉLLEZ

PACO DE LUCÍA

EL HIJO DE LA PORTUGUESA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan José Téllez Rubio, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: fotos cedidas por Pepe de Lucía, herederos de Ramón de Algeciras, Curro Sánchez y Gabriela Canseco,

© Manuel H. de León / (EPA) EFE y © A. Carrasco Ragel / EFE

En esta obra se cita el siguiente poema: *A Sabicas*, soneto XXXIX, © Joaquín Ramón Martínez Sabina

En esta obra se citan las siguientes canciones: *Luzía*, © Francisco Sánchez Gómez; *Ni que me manden a mí*, © Antonio Sánchez Pecino; *Un grito de libertad*, © Santiago Julián Prieto Vallejo / Pilar Fas Rodríguez, *Nunca llueve como trueno*, © José Monge Cruz; *Alegrías de Cádiz*, © José Sánchez Gómez Pecino / Francisco Sánchez Gómez; *Hospitalito de Cádiz*, © María Vargas Fernández / Rita Garrido Pérez; *Me dieron una ocasión*, © Antonio Sánchez Pecino; *La Montonera*, © Juan Manuel Serrat Teresa; *Perdición*, © Diego Andrade Martagón; *El río de mi Sevilla*, letra y música de Manuel Molina Jiménez, © Warner /Chappell Music Spain, S.A.; *Adivinalo*, letra y música de Carlos Castellano Gómez / Florencio Ruiz Lara, © Warner/Chappell Music Spain, S.A.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir el poema y los temas musicales protegidos en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición: marzo de 2015
Depósito legal: B. 5.105-2015
ISBN: 978-84-08-13675-0
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

I. DE FRANCISCO SÁNCHEZ A PACO DE LUCÍA

Algeciras, verano de 1936.....	13
El hijo de la portuguesa.....	18
En la casa del gitano rubio.....	27
Entre dos aguas.....	42
«Uno es lo que fue su infancia».....	55
Los Chiquitos de Algeciras.....	81
El concurso de Jerez.....	87
En la <i>troupe</i> de José Greco.....	92
El encuentro con Sabicas.....	98
El pigmalión Mario Escudero.....	107
Pepe, después de Paco.....	114
El hijo del panadero.....	125
Lejos de Bambi.....	135
Una guitarra fabulosa.....	143
El largo camino del éxito.....	147
Con Fosforito, picando más que un pollo.....	150
Paco de Algeciras y Pedro Iturralde.....	152

II. URANO Y SATURNO

Un cantaor sin guitarra.....	159
El niño de la Venta de Vargas.....	163
La guitarra de Melchor	168
El flamenco, según Camarón.....	172
Camino de los Madriles.....	174
Bajo la batuta de Antonio Sánchez	177
Canasteros por Europa	179
Un duelo con Caracol	184
El canto de los grillos.....	187
Al margen de la ley de los flamencos.....	191
Crónica de una leyenda	193
<i>Como el agua</i>	197
El humo del bazuco.....	202
El Mick Jagger del flamenco	208
Un potro como testamento.....	211
«Omaíta, ¿qué es lo que tengo?»	216
Un grito en el entierro	220
Huérfano de Camarón	230
Un disco de luto.....	235

III. EN TRÁNSITO

El toque de Morón.....	241
El rock gitano.....	243
La conquista del estilo	250
La modelo montonera	255
La estética de la <i>chanson</i>	260
No con Morente.....	262
El reino de la rumba	267
El concierto del Real.....	271
Una paliza en la Gran Vía.....	275
<i>Almoraima</i>	286
El coleccionista de quimonos.....	288
Una polémica clásica	292
El amor siempre llama dos veces.....	305
Entre Al Di Meola y Carlos Santana.....	312

Entre la fusión y el purismo.....	316
La herramienta de trabajo.....	319
Una guitarra que baila	325
Una guitarra viajera	328
Un encuentro con Ravi Shankar	332
La soledad del escenario.....	336

IV. YO SOLO QUIERO CAMINAR

Dolores parió un sexteto.....	341
Juan, Chiquito y Paco	346
Músicas hermanas	350
«Una mano en la tradición y otra buscando»	354
Un cajón peruano.....	356
Entre Chelsea y Algeciras.....	360
De Chano Domínguez a Wynton Marsalis	363
«Pienso en los guitarristas, no en el público».....	368
«En un hermoso lugar de Cancún, en una casa que amo»..	382
«Pues ahora no voy a tocar»	388
El fin del sexteto.....	393
Toda una gira	397
La guitarra es una hija de puta.....	400
Puristas, «flamencólicos», críticos y gitanos.....	403
El esfuerzo de componer.....	407
La inspiración de Alejandro Sanz.....	409
Silencio, se rueda.....	412
<i>Cositas buenas</i>	423
«Tiempo para vivir»	427
El último viaje.....	432
Bibliografía y fuentes	445
Índice onomástico	455

I

DE FRANCISCO SÁNCHEZ
A PACO DE LUCÍA

Algeciras, verano de 1936

—*Não mate o meu António, por favor, não matá-lo.*

La portuguesa iba y venía por los corredores del Gobierno Militar en aquellos días de julio, con la humedad empapando los charnaques, y los oficiales con las botas limpias como si fueran a marcar de un momento a otro el paso de la oca por las orillas del estrecho de Gibraltar.

—¿Quién coño ha dejado entrar a semejante loca?

El ayudante del general Coco era un zangolotino que andaba muerto de jindama y lo disimulaba dando más voces de la cuenta. Pero había visto venir a aquella mujer de los alaridos, tan llena de lágrimas como muchas otras en aquellos días sin más rumbo que los paredones: «¿Quién coño la ha dejado pasar hasta aquí?», preguntaba a su derredor sin obtener respuesta. Lo cierto es que no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo Luzia Gomes, a voz en grito, como si se le fuera la vida en cada palabra. La acompañaba una niña minúscula que no dejaba de mirarle: «¿Qué ha dicho, cómo es que esa pequeña habla?», preguntaba como si alguien pudiera responder. Olía a coles y a sangre en el viejo caserón macizo del siglo XVIII que había inaugurado el general Castaños, el héroe de Bailén, en los callejones que daban por entonces al río de la Miel, con su aroma a jabón de lavandera sepultado bajo el hedor de las basuras y el plomo de los tiros.

En Algeciras, durante el verano de 1936, no hubo guerra, pero hubo muerte. Los tiros sonaban por la noche como campanadas para un funeral caprichoso. Los golpistas habían decidido darle matarile a todo aquel liberal que no hubiera puesto tierra de por medio y huido del pueblo rumbo al frente del Gobierno legítimo de la Segunda República.

A Antonio Sánchez Pecino lo habrían detenido por su filiación izquierdista, pero nadie sabría decirlo a ciencia cierta. Era un tiempo de delaciones, de sacas y venganza, de caínes sempiternos. Y él solo era un superviviente, a fin de cuentas. En aquellas horas no necesitaban demasiados otros motivos para acabar con la vida de quienes no fueran cómplices de la traición: lo mismo daba que se tratase del esperantista que daba clases en el Ateneo Libertario de la Villa Vieja, del periodista Miguel Puyol o de don Cayo Salvadores, el maestro que había sido de la Institución Libre de Enseñanza y al que sus propios alumnos asesinaron antes de que su mujer y sus hijos fueran desahuciados de su casa, en donde estuvo trabajando una de las hermanas de Antonio.

—*Meu Antonio é um homem bom, não faz mal a ninguém, por que tê-lo na cadeia?*

La portuguesa llevaba ya unos cuantos años en aquella ciudad del sur, pero todavía no se había acostumbrado a hablar su idioma, sobre todo cuando le corría prisa decir lo que pensaba, lo que le palpitaba en el corazón a cien por hora. En momentos como aquellos a Luzia Gomes Gonçalves le habría privado estar en su aldea de Montinho, junto a Monte Gordo, al sur de Portugal, no demasiado lejos de Castro Marín, en las tierras del Algarve donde la miseria se remansa con el mar, pero en donde la dictadura también iba a prender a Miguel Hernández con el reloj de oro que le regalaría Vicente Aleixandre por su boda, hasta despacharlo a la frontera e iniciar un largo vía crucis carcelario.

Pero la muchacha del Algarve estaba allí, en aquel otro sur de la Península a la que alguna vez José Saramago iba a definir como una balsa de piedra. Seguía siendo pobre y extranjera. Ignoraba a ciencia cierta cómo poner a salvo a su Antonio de aquel laberinto de malos modos y taconazos, en pleno zafarrancho de fusi-

lamentos sumarísimos, sin juicio siquiera, en mitad de un infierno, con un sinfín de gritos y uniformes, zaragüelles y turbantes marroquíes, borlones de regulares y mucha gente dando órdenes a otra mucha gente.

La portuguesa se mostraba dispuesta a obedecerlas todas, con tal de que no matasen a su hombre, mientras los convoyes cruzaban el Estrecho con un potosí de balas que llevaban ya escrito el nombre de sus muertos. Algo se percibía claramente por encima del estrépito de las armas en el Gobierno Militar de Algeciras. Era el palpito de su angustia, reclamando que no la despojaran de la única propiedad que consideraba suya, la del amor tosco pero cierto de aquel tipo famélico, con ojos de hambre pero mirada de águila, cuya compañía la había librado de la peor miseria, que es la soledad.

En su jerga mestiza, ella soltaba su retahíla desesperada sin que el oficial supiera a ciencia cierta lo que le decía, que si estaba dispuesta a casarse como Dios mandara, que si pobrecita su niña recién nacida, que si el pan de la casa, que si su Antonio, su Antonio, su Antonio, aquel nombre como un mantra que inundara todos aquellos pasillos descalichados.

«Vamos a darles café a unos cuantos», tronaban los pistoleros con la vestimenta azul intenso, los correajes y la sed de tiro de gracia en mitad de la noche. Camaradas, arriba Falange Española. Eso significaba «café». Y lo sabían de sobra aquellos cuyos apellidos pronunciaban en la cárcel de Escopeteros, donde el poeta José Luis Cano conocería a un espiritista analfabeto —cuyo hijo muerto le dictaba romances de ultratumba cada noche— o a un funcionario de Correos que intentó matarse él mismo, pero sin suerte, por dos veces consecutivas no más escuchar su santo y seña, camino del pelotón de las ejecuciones. «Y la Iglesia estaba allí, santificándolo todo», tronaba José Luis Cano aún sesenta años más tarde con un deje de rabia incontenible.

El hombre de Luzia Gomes no estaba allí, pero tampoco en el palacete de la calle Ríos, donde todavía no había oído en Semana Santa cantar saetas como puñales a los gitanos: «Señora, ¿es que cree usted que metemos a los presos en cualquier sitio? Aquí solo hay oficinas».

No más saltar el alzamiento, Antonio Sánchez fue detenido y llevado hasta el cuartel que hoy sirve de frontera entre las calles Fuentenueva, Clemente VI, la Glorieta y Domingo Savio. Eso le explicó el militar larguirucho a Luzia Gomes para quitársela de encima. Aquella encrucijada todavía era un pedregal entre La Bajadilla, el barrio de aluvión en donde se habían refugiado, y el pueblo, la Algeciras que se alzaba sobre la loma de San Isidro, más allá de la carretera general, a la otra orilla del Garaje América, en la de las añejas bodegas de ladrillos rojos. El acuartelamiento se guarecía bajo un farallón de flores y matojos por donde en verano latía un apacible perfume a jazmines. No obstante, el aroma a dama de noche no lograba aliviar el olor a pólvora, al orín del miedo y al sudor de charnaque: «Allí —aseguraría años más tarde su hija María Sánchez Gomes— era donde encerraban a los que cogían para fusilar. Mi padre está vivo de milagro, porque aquella noche llegó un guardia al que le decían Tuno de Hierro, que le reconoció y que dijo que a aquel muchacho lo pusieran en la calle, porque no había hecho nada. Mi padre siempre me decía que no se le había quitado el miedo de la guerra y le daba repelús todo lo que tuviera que ver con aquello. Él me decía que yo era facha porque iba a misa y que, cuando vinieran los otros, me iba a enterar de lo que valía un peine. Con decirte que él estuvo un tiempo escondido en el Majar Alto, y todo. No es para menos, porque al otro día de haberle sacado del cuartel, se llevaron a todos los que estaban allí en unos camiones hasta las tapias del cementerio y los fusilaron».

Fueron horas desesperadas. Luzia se humilló ante un par de oficiales, pero no le prometieron nada: «Sí, es verdad que no nos casamos por la Iglesia. Pero fue hace dos años, y si lo hubiéramos hecho, nos hubieran apedreado», se justificaba en *portuñol* cuando el incienso cubría el olor a espanto.

«Se casaron por lo civil, porque entonces abucheaban a los que se casaban por la Iglesia», rememoraba su hija.

Así que cuando Luzia vio retornar a su hombre, vivo y co-leando, como por ensalmo, le abrió sus brazos de joven matrona, con la esperanza vana de que nadie a quien quisiera tuviese que morir nunca.

Antonio Sánchez carecía de militancia política, pero antes y después de aquellos terribles sucesos, se reunía con amigos cuyo compromiso era mayor. Era el caso de los simpatizantes comunistas Paco el Sastre y el pescadero José Marín, al que detuvieron después de la guerra porque un empleado suyo lo denunció por dar refugio a fugitivos del franquismo que se exiliaban a Tánger. «Pero Antonio no se metía en políticas», apostillaba años más tarde su buen amigo Reyes Benítez, quien tampoco gustaba de entrar en precisiones ideológicas sobre aquellos otros paisanos. El silencio, por aquel entonces, no era cobardía, sino precaución.

Claro que quizá Reyes Benítez no supiera que Antonio Sánchez también iba a casa de Marín a escuchar de tapadillo las emisiones de Radio Pirenaica y que, a su vez, hacía migas con su compadre Martín Ruiz, quien fue encarcelado y salió prácticamente ciego de prisión, «para morirse», según contaba María, la hija de Antonio.

María atribuyó siempre a esas amistades el hecho de que llegaran incluso a practicar varios registros en el hogar familiar: «En uno de ellos, vieron una fotografía de mi tío Manolo, preguntaron que qué hacía allí y, cuando les dijeron que era familia, les dejaron en paz». No en balde, su tío regentaba algunos de los cabarés que recorrían la noche desnuda de Algeciras: «Tal vez fuera porque ellos frecuentaban las casas de tratos y le habían reconocido».

Lo único que se sabía de sus ideas es que tiraban hacia la izquierda y que siempre fue profundamente anticlerical: «Él relataba mucho de un cura que hubo en La Palma que, aprovechándose del secreto de confesión, denunció a unos cuantos para que los fusilaran», agregaba, cómplice, Reyes, que fue amigo íntimo de Antonio durante media vida.

No fue la última vez que corrió peligro: «Mi padre —según precisaba María sobre otro episodio de aquella contienda— se había librado de su quinta por excedente de cupo. Había saltado la guerra ya hacía tiempo cuando lo movilizaron. No sé qué año fue, pero yo era muy chiquitilla, debía de tener dos años y medio o tres años. Lo cierto es que salió un tren cargado de soldados y mi padre iba en él, hacia no sé dónde. Mi madre me cogió de la

mano, tomó a Ramón en brazos, que era chiquitito, y se plantó en el Gobierno Militar diciendo que era portuguesa y que la recibieran. Entonces había muy buenas relaciones con Portugal, por lo del espionaje. El gobernador militar la recibió enseguida y ella le dijo que se había quedado sola con dos niños porque habían movilizadado a mi padre. Mi madre cuenta que justo entonces me acerqué hacia él, le cogí del pantalón y le dije, con media lengua, que a mi padre lo iban a matar en la guerra. Se le saltaron dos lagrimones, me cogió en brazos y me dijo que eso no iba a pasar. Al otro día, el tren volvió a Algeciras con mi padre y con todos los demás. No volvieron a llamarlo nunca».

Quizá lo libró de nuevo el mismo oficial, que ya sabía de sobra que este golpe de Estado no iba a ser como el de Primo de Rivera y que se habría apiadado por segunda vez de aquella rara mujer de los gritos. Los viejos solían decirlo: en Algeciras, la guerra se notó poco, pero la represión llenó el lugar de miedo y de tumbas. Más de doscientos fusilados, según el historiador Luis Alberto del Castillo, encarcelamientos y brigadas de forzados que fueron siguiendo al avance del Ejército nacional. El único hecho de guerra tuvo lugar durante el bombardeo de la ciudad, a manos de la Armada republicana y del destructor Jaime I, que desmochó algunas palmeras por la Villa Vieja. También durante ese período, la familia de Antonio Sánchez logró sobrevivir a trancas y barrancas, por encima de venganzas personales y ajustes de cuentas más o menos relacionados con disidencias políticas.

Lo cierto es que aquel remoto día del verano de 1936, Antonio Sánchez Pecino salvó su vida. Y la de aquel niño futuro, el hijo de la portuguesa, al que alguna vez la historia habría de conocer con el sobrenombre de Paco de Lucía. Sobre las ruinas de aquellos cuarteles del corredor de la muerte, pronto se levantará un conservatorio con su santo y seña.

El hijo de la portuguesa

«A veces, en La Bajadilla, yo tenía hasta miedo de salir a la calle. Allí estaban las vecindonas, sentadas en las sillas de anea a la

puerta de sus casas en los veranos. Me veían y empezaban a hablar. Yo les tenía terror. Ahí va Paquito; sí, mujer, el más chico de la casa de la esquina. El niño de Lucía. El hijo de la portuguesa».

La Bajadilla era un suburbio de aluvión. El pueblo, junto a un puerto formidable, se llamaba Algeciras. El último rey meriní destruyó meticulosamente la ciudad para que no cayera de nuevo en manos cristianas. Durante tres siglos fue un desierto, hasta que el éxodo de Gibraltar en 1704 repobló sus ruinas y se llenaron sus calles de militares, de fugitivos, de pescadores y de corsarios. A comienzos del siglo xx, contaba ya con puerto, ferrocarril y en el mismo salón donde ciento ocho años después se velarían los restos de Paco de Lucía, se había celebrado una conferencia internacional en donde las grandes potencias se repartieron Marruecos. Era un lugar próspero, lleno de caserones de arquitectura inglesa, cuando Luzia Gomes llegó con su aire de muchacha alegre y su jerga al principio indescifrable para el vecindario.

«Quien esté libre de la mancha de la emigración, que tire la primera piedra», solía decir su paisano José Saramago, casi de su misma edad y conocedor de aquellos antiguos vericuetos de pescadores exiliados hacia nuevas ciudades trazadas con escuadra y de los delicados cementerios donde los muertos duermen bajo visillos de encaje.

Ella venía de un largo viaje, sin trenes siquiera y muy raros barcos que hicieran esa ruta. Los caminos desde el sur de Portugal al estrecho de Gibraltar eran de cabras: largos senderos por los que, hasta bien entrado el siglo xx, no se habría hecho raro toparse con salteadores. Hasta 1910 el Algarve había sido un reino, pero cuando Luzia Gomes Gonçalves decidió emigrar desde allí, lo único que reinaba era el hambre. Para colmo, la muerte de su padre los dejó a verlas venir y, mucho antes que ella misma, su hermana hizo pronto el equipaje hacia otras tierras remotas.

Luzia, la portuguesa, volvió de higos a brevas al país de su familia, pero en su memoria no venteaba tanto el cemento de los apartamentos turísticos que hoy se levantan sobre su antiguo Monte Gordo, entre un sinfín de tiendas de *souvenirs*, cafeterías o garitos nocturnos sobre el paseo marítimo, sino el paraje agres-

te de su infancia, salvado por la sombra de los pinares. Donde hoy mandan casinos y pistas de pádel, en su niñez solo hubo playas de pescadores y contrabandistas, bajo la sombra temible de los guardias. Aún faltaba mucho para que los claveles crecieran sobre el cañón de los fusiles durante la revolución de abril de 1974 y no había demasiados motivos para quedarse allí, a la vera del Guadiana, con Ayamonte como un espejo al otro lado de la frontera.

Por aquellas *fegresias*, se buscaban la vida los suyos, desde Cancela Velha a Manta Rota, aunque todos los caminos conducieran a Castro Marín, a la falda de un castillo y de un fuerte situados sobre las colinas de una historia antigua, habitualmente llena de sangre. Cuando llegó a Algeciras, a Luzia Gomes seguro que le sorprendería el vuelo majestuoso de los flamencos posándose en las marismas y humedales del río Palmones, lo mismo que hacían en las arenas de Sapal, donde sus paisanos siempre distinguieron el paso de las estaciones a la cola de más de ciento cincuenta especies de aves que iban y venían como las hojas del calendario. Y la procesión de la Virgen del Carmen, en la caracola de un pesquero de Algeciras, de tarde en tarde la transportaba a la de Nossa Senhora das Dores, que recorría su bahía el segundo domingo de septiembre, acompañada también por barcos adornados de fiesta.

«La música de todos los pueblos con la nevera vacía siempre se parece». Eso solía decir Paco, su último hijo. O quizá el primero. Sin embargo, en realidad, a su madre no le gustaban ni el flamenco ni el fado. Sin embargo, le emocionaban las canciones de Manolo Escobar y los chistes verdes.

«Yo soy Paco, el hijo de Lucía —le explicaría en los años setenta a un regordete Jesús Quintero ante las cámaras de TVE—. Tú sabes que en Andalucía nos identificábamos por el nombre de la madre porque hay muchos Pacos y muchos Pepes en la calle. A mí me llamaban Paquito el de la portuguesa, Paquito el hijo de Lucía».

En 1969 ya le dedicará unas guajiras, pero, tras su muerte y la de Camarón, nació *Luzia*, todo un disco mayúsculo, grabado con un brazaletes de luto sobre el alma: «Este disco es un home-

naje a mi madre, lo grabé durante la enfermedad de mi madre, que estuvo seis meses en el hospital; yo todas las mañanas iba a visitarla, estaba varias horas con ella y por la tarde y la noche. Todo el disco está impregnado de ese sufrimiento, de ese dolor que yo sentía viendo que mi madre se me iba, aparte de que a ella también le dije en una ocasión que se lo iba a dedicar... y se puso muy contenta..., me echó una sonrisa muy bonita, una sonrisa que no se me va a olvidar nunca, y creo que ese es suficiente motivo para dedicárselo».

El nombre de su progenitora está transcrito literalmente: «Luzia, con z, porque yo quería reivindicar los orígenes de mi madre, que es portuguesa, allí Luzia es con z, y es un homenaje en la totalidad, también hay un tema que dedico a Camarón..., pero el disco en general está impregnado por ese dolor que se siente cuando tu madre se está yendo».

La familia guarda como un fetiche una fotografía en blanco y negro en la que se ve a Antonio Sánchez rondando ante una reja a Luzia Gomes, quizá en la casa donde ya vivía su hermana, que había hecho el camino al sur algo antes que ella. Se conocieron por la cuesta de la Fuentenueva, cerca de donde luego se irían a vivir. Y no mucho después decidieron casarse en el convulso año de 1934, el de la revolución de octubre: «Mi madre —detallaba su hija María— es portuguesa de Monte Gordo. Se ha dicho siempre de Castro Marín, pero es de Monte Gordo. Mi abuela materna también se quedó viuda con nueve hijos y trabajó como una fiera. Mi madre tenía trece años. Su hermana tenía trece años más y estaba casada. Fue quien la crio. Vivían en Ayamonte y mi madre tuvo novio allí, con todo para casarse. A mi tío, que era chófer militar, lo destinaron aquí cuando su hija, mi prima Rosita, tenía dos meses. Mi madre, que siempre ha querido más a mi prima que a mí, como yo le digo, se vino a Algeciras y no se fue más».

«Mi madre era más andaluza que mi padre», solía decir Paco, por el carácter estricto y adusto de su progenitor y maestro. En la familia, bromeaban siempre con tales albrures, como cuando Paco me contaba que le daba mucha vergüenza cantar y que su padre le insistía en que lo hiciera.